

V

Europa había seguido con viva atención las peripecias del drama. El asombro era grande. Al saberse la retirada de Menschikof, la ansiedad dominó á la sorpresa. En casi todas las cortes, los representantes del zar recogían los testimonios nada equívocos de la desaprobación general. Hasta en Berlín, donde el zar gozaba de tan gran prestigio, hasta en Viena, donde vivía el recuerdo de recientes servicios, la conducta de Rusia fué severamente juzgada. «¿En qué sentido el emperador Nicolás entiende el protectorado?, escribía el viejo príncipe de Metternich al Sr. de Buol, que dirigía entonces la política austriaca. ¿Es en el sentido eclesiástico? Entonces la cosa está fuera de la competencia del sultán. ¿En el sentido laico? Entonces la pretensión es atentatoria á los soberanos derechos del imperio otomano (1).»

En Berlín la censura no era menor, aunque expresada en términos de alguna mayor reserva. Y es que aún se quería dudar: aún se decía que los informes podían ser inexactos ó exagerados y se tenía la seguridad de que, siendo exactos los hechos referidos, la conducta de Menschikof sería desaprobada por su gobierno. «¡Ah!, dijo lord Bloomfield, ministro de Inglaterra, al Sr. de Manteuffel, presidente del consejo; Rusia no acostumbra desautorizar á sus agentes (2).» Ni Prusia ni Austria admitían la idea de un protectorado de Rusia sobre los súbditos griegos de la Puerta. A lo sumo hubieran favorecido un patronato colectivo de las grandes potencias sobre los cristianos de Levante. Esta concepción, más grandiosa que practicable, ocupaba el espíritu quimérico de Federico Guillermo, y en largas cartas íntimas al Sr. de Bunsen, su ministro en Londres, la recomendaba al examen de los consejeros de la reina y sobre todo de lord Aberdeen (3).

Tal era la impresión en las dos grandes cortes alemanas. ¿Qué ocurría mientras tanto en París y en Londres?

En Francia se había sentido la tormenta antes de que estallara. A partir del mes de abril, Drouyn de l'Huys había indicado el próximo desarrollo del conflicto. Recordando las estipulaciones del tratado de 1841 que ponía bajo la salvaguardia de las cinco grandes potencias la independencia del Imperio otomano, no se cansaba de decir: «Son cinco los que deben arreglar esos intereses que afectan á toda Europa (4).» A pesar de las seguridades pacíficas que el Sr. de Nesselrode prodigaba al Sr. de Castelbajac, la desconfianza reinaba en la corte de las Tullerías. El 19 de mayo, una breve nota inserta en el *Monitor* había dejado presentir algún grave acontecimiento. Así es que el 23, cuando el embajador turco en París, Vely-bajá, presentóse azorado á comunicar á nuestro ministro de Negocios extranjeros los despachos alarmantes que aca-

(1) Cartas al conde de Buol, 29 abril y 30 mayo (M. de Metternich, *Memoires*, tomo VIII, págs. 348 y 350).

(2) Despacho de lord Bloomfield á lord Clarendon (*Correspondence respecting*, etc., parte I, pág. 223).

(3) *Aus dem Briefwechsel Friedrich-Willems IV mit Bunsen von Leopold von Ranke*, pág. 309.

(4) Despacho de Drouyn de l'Huys al Sr. de Bourqueney en Viena, 12 abril 1853 (*Monitor* de 1854, pág. 157).

baba de recibir, éste le recibió con más tristeza que sorpresa. En cuanto á la opinión pública, á la noticia de la embajada Menschikof, había experimentado una viva impresión; pero no había tardado en calmarse, en apariencia al menos, ya porque la reserva obligada de la prensa no le permitiese manifestar sus alarmas, ya porque los espectáculos de un reinado todavía nuevo absorbiesen todos los pensamientos.

Otra fué la explosión del sentimiento público en Inglaterra. A la preocupación de verse complicados en un conflicto lleno de peligros se unía el despecho de haber sido engañados. De la noche á la mañana, los periódicos británicos transformaron su lenguaje, y la metamorfosis fué tan brusca, que en circunstancias menos graves hubiera dado grandemente ocasión á la burla. La Turquía, aquel imperio caído que ayer todo el mundo abandonaba á su suerte, venía á ser de pronto el más interesante de los aliados. Respecto á Rusia, el halago casi cariñoso cedió el puesto, sin transición, á la invectiva más atroz. No se encontraban términos bastante fuertes para calificar las exigencias de Menschikof. Lo que reclama, decían, no es un edicto de tolerancia, es un tratado. Eso equivale á exigir que Turquía se convierta en provincia tributaria del zar (5). Respecto á Francia, el cambio no fué menos brusco. Inglaterra tiene una manera muy particular de practicar el olvido de las injurias: sabe muy bien olvidar, no las injurias que recibe, sino las que infiere. Todas las insinuaciones malévolas se anegaron en el torrente de las protestas amistosas, y, como en los mejores años de la monarquía de Julio, se predicó el acuerdo íntimo y cordial.

En Francia el público seguía con una satisfacción no exenta de ironía aquella brusca evolución. Pero, fuese cual fuese el sentimiento íntimo de las almas, había por una y otra parte demasiada necesidad de unirse para que la alianza sufriese el menor retraso. Lord Cowley en París y el Sr. de Walewski en Londres, la entablaron fácilmente. El 27 de mayo, lord Clarendon en la Cámara de los Pares, y lord John Russell en la Cámara de los Comunes (6), afirmaron, con aplausos del auditorio, el acuerdo completo de ambas potencias occidentales y su firme voluntad de mantener la integridad del Imperio otomano. Los actos siguieron de cerca á las palabras. El almirantazgo inglés envió al almirante Dundas, que se encontraba en Malta, la orden de avanzar hasta la entrada de los Dardanelos y fondear en la bahía de Besika. El 4 de junio, el *Chap-tal* salió de Tolón, con una orden idéntica para el comandante de la escuadra francesa que estacionaba ya en aguas de Salamina. Al tomar tan graves resoluciones, Drouyn de l'Huys tuvo cuidado de limitar su alcance, atemperando el celo de su nuevo aliado, que de pronto se mostraba más ardiente que él. «No queremos estimular á Turquía á que rechace todo arreglo, decía, sino ampararla contra un peligro inmediato (7).» «Nuestro derecho emana del tratado de 1841, añadía, y le observaremos fielmente mientras ningún acto agresivo pon-

(5) *Times*, 22 mayo 1853.

(6) *Parliamentary debates*, *Third series*, tomo CXXII, páginas 655 y 713.

(7) Despacho de Drouyn de l'Huys á Walewski en Londres, 31 de mayo de 1853.

ga á Turquía en estado de legítima defensa (1).» Así se había inaugurado la acción común de ambas potencias.

Tomadas estas medidas, quedábale á lord Clarendon un deber que cumplir: el de protestar contra lo que se llamaba ya en Londres la perfidia de Rusia. Hizolo el 31 de mayo en un solemne despacho á sir Hamilton Seymour, despacho que enumeraba todas las pacíficas

atenuando todas las diferencias. El 8 de mayo había anunciado á Castelbajac que todo había terminado en Constantinopla, y que la inteligencia era completa entre el príncipe Menschikof y el Sr. de Lacour. El tratado, debatido con la Puerta, le parecía cosa secundaria: es un convenio del todo inofensivo, enteramente *anodino*, decía poco tiempo después al embajador de Inglaterra:



El conde de Buol-Schauenstein

seguridades tantas veces renovadas por Nesselrode en San Petersburgo, por el barón Brunnow en Londres, por el mismo zar, y en los cuales se revelaban, á través de la cortesía de las formas, las iras concentradas de un antiguo amigo que se cree burlado, engañado ó desdeñado (2).

Sir Hamilton Seymour se había adelantado á las instrucciones de su jefe. El había contribuido más que nadie á mantener las ilusiones con sus informes favorables, y más que nadie se consideraba burlado. Tan pronto como supo la marcha de Menschikof y la ruptura inminente entre el sultán y el zar, corrió á la Cancillería rusa. Chocóle el cambio que allí observó. Hasta entonces, Nesselrode había procurado calmar, con un arte infinito, todas las inquietudes, negando ó

lejos de debilitar á Turquía, le prestará nueva fuerza, añadía con extraordinario aplomo (3). A fines de mayo su lenguaje se había transformado de pronto. Habiéndole expuesto sir Hamilton Seymour sus justas quejas, el canciller ruso le contestó en términos de una impaciencia insólita. Elogió la moderación rusa, dijo que se había substituido el tratado solemne por un compromiso y que el compromiso había quedado finalmente reducido á una simple nota, y que la obstinación turca era debida á los consejos de lord Stratford. «No puedo ocultaros, añadió Nesselrode, que la situación es muy grave. El emperador no puede ni quiere retroceder. Si la Puerta persiste, los ejércitos rusos penetrarán en los Principados (4).» Lo que Nesselrode decía á sir Ha-

(1) Idem, 5 de junio de 1853.

(2) Véase este importante despacho, *Correspondence respecting*, etcétera, parte I, pág. 200.

(3) Sir Hamilton Seymour á lord Clarendon, 27 mayo 1853 (*Correspondence respecting*, etc., parte I, pág. 212).

(4) Seymour á Clarendon, 31 de mayo (*Correspondence respecting*, etc., parte I, págs. 231 y siguientes).

milton Seymour lo comunicaba también á Londres, y en sus despachos al barón Brunnow se encontraba el tono altivo de sus conferencias. «Se habla de nuestras ambiciones, escribía con una altivez que parecía un reto; si quisiéramos intervenir, ¿qué necesidad tendríamos de ningún tratado (1)?»

Asombraba ver aquel personaje, tan justamente reputado por su moderación, tan dueño de sí mismo en sus palabras como con la pluma en la mano, faltar de pronto á las costumbres de su carácter y de su espíritu, constituirse en defensor de una política belicosa después de haber predicado tantas veces la paz, y quebrantar de este modo, al fin de su carrera, toda la unidad de su vida. ¿Era su propio pensamiento lo que el canciller traducía en aquellas conversaciones casi amargas, en aquellos despachos casi amenazadores? ¿No se habían desarrollado paralelamente dos políticas en San Petersburgo: una en el ministerio de Negocios extranjeros y otra en el gabinete del emperador? La política personal del zar que dictó las instrucciones de Menschikof, que quiso y premeditó todo un conjunto de medidas temerarias, Nesselrode la había ignorado al parecer, ó, conociéndola imperfectamente, había procurado conjurar sus consecuencias: de ahí sus seguridades pacíficas, de ahí sus pronósticos de tan persistente optimismo. Había llegado la hora en que la voluntad del amo destruía todos los cálculos de la prudencia, rompiendo los diques que la sensatez de un ministro de experiencia había levantado. Es la hora en que, bajo los gobiernos libres, los consejeros de la corona, dejando de ser escuchados, se retiran. No sucede así en las monarquías absolutas; y Nesselrode, aquel ministro pacífico, iba á verse reducido á reunir las ideas belicosas de su amo, revestirlas de una forma semidiplomática, y apropiarse designios que todo su pasado reprobaba; todo con la única esperanza—muy vana, por desdicha—de temperar los extravíos á los cuales parecería asociarse, y siguiendo á su príncipe hasta el borde del abismo, retenerle quizá antes de que se precipitase en él.

Empeñado en tan funesta vía, el zar no se detuvo. A los ministros de Prusia y de Austria, que predicaban la conciliación, el canciller replicó en tono acerbo: «Que firmen desde luego el tratado (2).» En San Petersburgo aún no habían renunciado, en efecto, al famoso *Sened*, origen de tanta emoción. Menschikof se retiraba, pero lentamente, y se había detenido en Odesa. El 31 de mayo, Nesselrode se dirigió á Reschid-bajá, invitándole por última vez á firmar la Nota que el plenipotenciario ruso le había entregado al salir de Constantinopla. Aquel nuevo despacho (¿hemos de llamarlo despacho ó intimidación?) estaba concebido en la extraña forma que había venido á ser familiar á la diplomacia rusa. Se concedía á Reschid un plazo de ocho días para devolver la Nota firmada á Menschikof, que la recibiría en Odesa. Se advertían al gobierno otomano las consecuencias de su negativa. Si el zar no obtenía satisfacción, las tropas rusas pasarían las fronteras del Imperio turco, no para hacer la guerra al sultán, sino para apoderarse de una garantía material y obligar á la Puerta á que cediese.

(1) M. de Nesselrode al barón Brunnow, en Londres, 1.º de junio (*Correspondence respecting*, etc., págs. 238-241).

(2) Despacho de lord Bloomfield á lord Clarendon, 24 junio 1853 (*Correspondence respecting*, etc., parte I, pág. 299).

Mientras tanto, las voces de reprobación eran tales en Europa que su eco llegaba hasta el palacio de Nicolás. El gobierno moscovita resumió entonces en un documento oficial, para entregarlas al juicio de la opinión pública, todas las fases del conflicto. Tal fué el origen de un nuevo despacho-circular de Nesselrode, publicado el 11 de junio en el *Diario de San Petersburgo*. Este despacho había de justificar al zar, y no hizo más que dar á conocer sus ambiciones. Todo el mundo se extrañó de las exigencias rusas, y principalmente del tono dominador que pretendía imponerlas. Los actos más extraños de Menschikof eran objeto de una completa aprobación. El rey Federico Guillermo, lord Aberdeen, Metternich, todos los amigos fieles de Rusia, todos los que se empeñaban en creer en una mala inteligencia y esperaban alguna desaprobación quedaron consternados. Lo más alarmante era que el gobierno moscovita, en su infatuación, creía haber llegado al último límite de las concesiones. Había que aniquilar aquel ambicioso programa. Drouyn de l'Huys se encargó de ello, sirviéndose de la pluma de su director político, Sr. Thouvenel, á quien confió la redacción de dos circulares de 25 de junio y 15 de julio (3), las cuales, por su claridad leal, por su forma y por su cortés dignidad, recordaban las épocas más bellas de nuestra diplomacia. Francia estaba más autorizada que ninguna otra potencia para protestar: no tenía, como Turquía, la desgracia de ser débil, ni tenía, como Inglaterra, la tristeza de haberse dejado engañar, de modo que nada infirmaba entonces la autoridad de su palabra. Esta palabra Europa la escuchó con simpatía, y añadiremos que la escuchó con sorpresa, pues no podía menos de causar asombro el ver á Nicolás, el tradicional campeón de la Santa Alianza, convertido en perturbador de la paz general, y el ver, por el contrario, al sobrino de Napoleón transformado en protector del equilibrio europeo.

La arrogancia rusa indispuso á Europa sin intimidar á Turquía. Por abatidos que estuvieran, los turcos supieron guardarse, en las peligrosas coyunturas, de toda temeridad y de toda debilidad. Cada correo llevaba á Constantinopla alguna noticia alarmante. En Sebastopol y en Odesa redoblaban los preparativos militares: los comerciantes rusos, diseminados por los Estados del sultán, habían recibido el aviso de no emprender nuevos negocios y terminar cuanto antes los que tenían pendientes, y se hablaba de compras de madera para la construcción de puentes sobre el Pruth y el Danubio. A pesar de aquellas señales de un próximo peligro, el gobierno otomano no se desviaba de la línea de moderación que se había trazado. Sin duda, á imitación de su poderoso vecino, se armaba en cuanto lo permitía el desorden del Imperio. Pero se aplicaba más á afirmar sus miras pacíficas que á preparar la guerra. En tal espíritu se enviaban circulares á los pachás prescribiéndoles que guardasen consideraciones á los cónsules rusos, que fuesen benévolos con los residentes de esta nación y que procurasen evitar principalmente toda explosión del fanatismo musulmán. Una vez dadas á Europa estas pruebas de sensatez, los ministros turcos se animaban á rechazar toda concesión incompatible con los derechos soberanos de su amo. En tal actitud encon-

(3) *Monitor* de 1854, pág. 158.

traban el apoyo moral de todo el cuerpo diplomático, y sobre todo de Stratford, quien más que nunca estimulaba su actividad, enseñándoles el camino que debían seguir y los peligros que debían evitar. Rusia no ignoraba qué influencia dirigía á la Puerta y no cesaba de denunciarla. Entre los moscovitas era una verdadera consigna el atacar á Stratford, real inspirador, decían

Al recibirse la contestación definitiva de la Puerta, Nesselrode anunció á los miembros del cuerpo diplomático la entrada inminente de las tropas rusas en los Principados.

El 29 de junio, el zar, en un manifiesto en que se presentaba como *defensor de la fe ortodoxa*, notificó su resolución á su pueblo. Este manifiesto, á la vez misti-



Francisco José I, emperador de Austria

ellos, de la resistencia turca. Inglaterra negaba modestamente aquel poderío atribuido á su embajador; pero, no por negarlo, dejaba de estar satisfecha y orgullosa de tener á orillas del Bósforo un agente que tan alto había puesto el prestigio británico.

En esto llegó á Constantinopla el correo que era portador del supremo *ultimatum* de Nesselrode. La liberación no fué larga. La Puerta no podía desmentirse á tres meses de intervalo. La nota rusa, que no era más que un tratado disfrazado, fué rechazada de nuevo; y de nuevo también prometió el sultán confirmar todos los privilegios de sus súbditos griegos. La contestación partió el 17 de junio. El día antes, las flotas combinadas de Francia é Inglaterra habían pasado á la vista de Tenedos y anclado en la bahía de Besika.

Fuesen cuales fueren las ilusiones en San Petersburgo, no se podía esperar mucho de esta última negocia-

co y bélico, fué leído en todas las iglesias. Mientras tanto, el ejército de Besarabia recibía orden de entrar en campaña. El 3 de julio, los frentes de las columnas rusas pasaron el Pruth. No era aún la guerra, pues ambas partes afirmaban enérgicamente que no la querían ni la deseaban; no era aún la guerra, la guerra declarada, la guerra con el cortejo de sus ruinas y de sus inmolaciones, pero ya no era la paz.

## VI

En este momento entra en escena una nueva potencia: el Austria.

En medio del conflicto que aumentaba, ésta había permanecido hasta entonces como simple espectadora, aunque espectadora interesada y atenta hasta la ansiedad. A no consultar más que recuerdos ó preferencias,